

ARCHIVO · CARLOS DONOSO · 2018

Julián Matadero

La historia del río Tomebamba contada por él mismo

CARLOS DONOSO

Primer cuento del autor · 2018

*Inspirado por el nacimiento de Julián Matías, en abril de
2016.*

PRIMERA PARTE

Nací hace algunos millones de años

Hace millones de años, muy cerca de la mitad del mundo todo estaba cubierto por hielo, los que saben de esas cosas llaman a ese tiempo por un nombre extraño: glaciación.

Lo cierto es que todo estaba congelado, es decir todo el año era invierno. Pero entonces, las cosas empezaron a cambiar.

Empezó a hacer calorcito, y el hielo de las cumbres de lo que hoy se llama Parque Nacional Cajas, en el sector denominado “Tres Cruces”, en el lindo país del Ecuador; empezó a derretirse.

Gota a gota, el agua fue fluyendo montaña abajo, y así fui naciendo, porque soy un río. Al principio, como todos los niños, yo era un pequeñín y no tenía un camino definido; a veces iba para acá y otras veces para allá.

A veces jugaba con unos árboles y los mojaba y otras veces mojaba a otros árboles en otro lado. Pero a medida que fui creciendo, mi camino a través de la montaña se fue haciendo cada vez más grande.

Pronto empecé a darme cuenta de que, por donde yo pasaba, todo se ponía cada vez más bonito: los árboles se ponían más verdes y frondosos, dando hermosos y deliciosos frutos; las flores eran más bonitas si estaban cerca de mí y muchos animales se acercaban para saciar su sed y bañarse con mis refrescantes aguas.

Ya conocía yo a todos los animales que venían a bañarse y beber de mis aguas, además de los que gustaban de vivir en el agua. Pero de

pronto, apareció un ser nuevo, uno extraño...

¿Por qué era tan extraño? Porque aunque se veía que tenía cuatro patas, sólo caminaba con dos de ellas, además tenía pelo sólo en su cabeza. Y sus ojos eran muy bonitos, miraba todo con curiosidad.

La primera vez que vi a uno de esos seres, se acercó al agua y bebió, luego se acercó a unas flores cercanas, tomó una, y la puso en el pelo de su cabeza, sobre su redonda oreja, ¡qué comportamiento tan extraño!

Luego, ese simpático y extraño ser volvió, con otro un poco más grande que él, y entre ellos se trataban con mucho cariño. Después me enteré de que el primero que vino era una hembra y el otro un macho de esa extraña e interesante especie.

Siempre venían a tomar de los frutos de los árboles que estaban cerca de mí, pero ellos eran diferentes de los animales, hacían muchas cosas que los animales no hacían.

Por ejemplo, tomaban unos cuencos que hacían con el fruto de cierta planta y se llevaban agua para sus madrigueras. ¡Ningún otro animal se llevaba agua así! Fue ahí que empecé a sospechar que estos seres eran más inteligentes que los otros animales.

Mis sospechas se confirmaron cuando los escuché hablar, ellos no hablaban como los otros animales, su lenguaje era más complicado que sólo chillidos, gruñidos o ladridos, ellos usaban palabras para dar nombre a las cosas, así fue que, tiempo después, escuché que otros humanos dijeron una palabra muy bonita: “Tomebamba”, y yo pensé: “¿Qué será eso de Tomebamba?”

¡Resulta que era yo! Ja, ja, ja. Ellos me empezaron a llamar Tomebamba, y aún tengo ese nombre.

Esos seres eran muy limpios, se bañaban todos los días, y eran muy cariñosos con sus cachorros, que ellos llaman niños.

Los niños de esos seres son muy inteligentes y curiosos, preguntan todo de toda cosa que ven, quieren saber cómo funcionan las cosas.

En una ocasión, una niña vino con su madre, y después de bañarse, mientras su madre peinaba su abundante cabellera, la niña me miraba con curiosidad y empezó a hacer preguntas su madre:

—Mamá, ¿de dónde viene el agua del río?

—Viene de la montaña —dijo la madre.

—¿Y por qué nunca se acaba? —preguntó la niña.

—Porque en las montañas siempre llueve y así el río siempre tiene agua —explica la madre.

—¿Y hacia dónde va el río? —preguntó la niña.

—No lo sabemos —dijo la madre—, nadie ha viajado tan lejos para saber hasta dónde llega el río.

—Cuando yo sea grande, voy a viajar muy lejos hasta ver dónde termina el río —dijo la niña.

—Me parece muy bien —dijo la madre sin tomarla en serio.

Esa niña se llamaba Aina, y cuando creció, tomó una mochila y empezó a caminar ella solita río abajo. Yo la observaba, porque pensaba que en cualquier momento se cansaría y se regresaría a su aldea. Pero estuvo caminando mucho, solita.

En el camino puede escuchar cuando el estómago de Aina sonó. “Pobre Aina, debe tener hambre” —pensé.

Así que le pedí a uno de los árboles que dejara caer algunos frutos en el río. Y con mi corriente, acerqué los frutos a la orilla. Cuando Aina los vio, se puso muy feliz, corrió a la orilla, los tomó y se sentó en una piedra comer. La pobre tenía mucha hambre.

Después de mucho caminar, Aina llegó al lugar en el que yo termino. ¿Dónde termino? Pues en un lugar en el que me uno con mi primo, el río Machángara, y los dos formamos el río Cuenca, que luego se une al río Paute, y así nos unimos con otros ríos; hasta que al final, todos terminamos en el río más caudaloso del mundo, el río Amazonas, que termina muy lejos del Ecuador, en el océano Atlántico.

Aina vio dónde terminaba mi cause y se regresó a casa muy contenta para contarle a su familia. Con el tiempo, los humanos prosperaron y se hicieron muchos, aquí era tan bonito que otros humanos se mudaron a estas tierras y empezaron a formar una hermosa ciudad que existe hasta hoy. En el próximo cuento, les contaré esa historia.

SEGUNDA PARTE

Mi hermosa ciudad

Mi nombre es Tomebamba, y soy un hermoso río que lleva agua dulce a una linda ciudad del Ecuador.

Hace muchos siglos conocí a los primeros seres humanos que vivieron por aquí, eran de una tribu llamada ‘cañaris’, eran seres muy amistosos, que sólo tomaban de mí y de la naturaleza lo que necesitaban cada día, no más de eso.

Después llegaron otros humanos que eran igual de bonitos que los cañaris, pero estos se hacían llamar ‘incas’. No entiendo por qué los seres humanos se dividen en tribus y creen que unos son mejores que los otros; yo los he visto, todos son igual de hermosos y muy inteligentes.

Después de los incas llegaron otros seres humanos que eran un poco más pálidos que los incas y los cañaris, pero también eran muy simpáticos, la única diferencia entre ellos y los incas eran que estos pálidos no se bañaban tan a menudo, y construían casas más duraderas.

Estos que se hacían llamar españoles, y junto con los indígenas construyeron un pueblecito que llamaron el barrio de Todos los Santos, y fue el inicio de la hermosa en la que vivo. Mi ciudad, la ciudad de Cuenca.

Como yo soy un río muy bonito, todos los españoles querían vivir cerca de mí, por eso, muy cerca de mi rivera, en un sector que se llama El Barranco, construyeron las casas más bonitas de la ciudad.

Todavía existen algunas de esas casas que dicen que tienen estilo francés, yo nunca he ido a Francia, pero me parecen muy lindas.

Por ese tiempo, los humanos se dieron cuenta que yo era un río muy poderoso, por eso idearon usar mi poder para hacer cosas buenas. Eso me gusta mucho, porque me gusta ser útil. ¿Qué hicieron?

Construyeron un hermoso molino de trigo que se movía con el poder de mi corriente, ¡qué bonito les quedó! Era el primer molino de trigo lo hicieron en el año 1539, funcionaba tan bien que hicieron muchos más, tantos que después podían vender el trigo molido al Virreinato del Perú.

Así, los humanos aprendieron que pueden usar el poder de la naturaleza para producir lo que ellos llaman ‘dinero’, una cosa extraña que antes nunca necesitaron.

Los molinos eran buenos porque usaban el poder de la naturaleza sin hacerle daño a nadie, pero con el tiempo, los seres humanos empezaron a sacar riqueza de la naturaleza, sin importarles las otras personas. Ese punto de vista egoísta les iba a traer graves consecuencias. Le contaré sobre eso en el siguiente cuento.

TERCERA PARTE

Mi otro nombre

Vivo en la hermosa ciudad de Cuenca, soy uno de los ríos más bonitos del Ecuador; mi nombre indígena es Tomebamba, y como todo lo que es indígena o natural, ese es mi nombre bueno, mi nombre cuando estoy tranquilo, relajado y en paz.

Pero hace mucho tiempo fui bautizado con otro nombre por el primer obispo de la ciudad: José María Carrión y Marfil, que en ceremonia solemne; investido con su traje de obispo, me bautizó con otro nombre: Julián Matadero.

Julián Matadero llegó a ser mi nombre cuando me molesto, cuando me pongo muy bravo. Porque, a veces, los ríos también nos ponemos muy bravos.

Hace mucho tiempo sucedió eso, les voy a contar:

A veces, los seres humanos se creen los dueños del mundo, los dueños de la naturaleza. Pero la verdad es que todo lo que tienen se les ha entregado para que lo cuiden, no para que lo ensucien.

Por todo el mundo, hay hombres que se creen más poderosos que la naturaleza, por eso, en vez de cuidar la tierra, la ensucian, la contaminan, como si este planeta no fuese su propia casa.

Eso estaba sucediendo hace algunos años. Algunos hombres con su afán de ganar dinero sin importarles nada, estaban haciendo trabajos de minería río abajo, ensuciando mis aguas con venenos, sin importarles que más abajo; otros seres humanos usaban esa agua para beber y bañarse.

A esos hombres egoístas no les importan las otras personas. Sólo se preocupan por ganar dinero sin pensar que están enfermando o matando a gente inocente. Con toda razón, yo estaba muy molesto.

Pero entonces ocurrió algo que me sacó de mis casillas, les contaré:

Yo tenía un bonito islote, una isla pequeñita muy cerca del puente del Centenario; las aves iban a esa isla y hacían sus nidos allí, porque era un lugar muy seguro para tener a sus pichones. Como era una islita, los animales que comen pájaros no podían llegar hasta ella. Así que muchas especies de pájaros vivían felices en ese islote. ¿Qué sucedió?

Que los humanos planearon construir un edificio que llamarían: La Casa de la Cultura Núcleo de Cuenca, justo en ese islote. ¿Es que no había más lugar en Cuenca? ¡Claro que tenían otros lugares! Pero a veces los humanos sólo piensan en sí mismos, a veces son tan egoístas. ¿Alguien pensó en las aves?

Además, si construían ese edificio ahí, ¿saben a dónde iban a ir a parar toda la basura y las aguas sucias de ese edificio? Pues, a mis aguas. ¿Iba yo a permitir eso? No.

Esos seres humanos egoístas iban a conocer la furia de Julián Matadero. Yo tenía que enseñarles a respetar a la naturaleza.

Así que tuve una conversación con las nubes y con las montañas del Parque Nacional Cajas, y con su ayuda, empecé a crecer y me volví un río gigante.

El 3 de abril del año 1950, yo iba bajando como un gigante por la montaña, como llevaba muchas piedras gigantes rodando río abajo, hacía mucho ruido, un ruido que daba mucho miedo. Eso lo hice con

la intención de que las personas huyeran de sus casas antes de que yo llegara. Y así fue, muchos lograron salvar sus vidas por huir a tiempo.

Yo estaba muy enojado porque los seres humanos no respetaban la naturaleza, pero tampoco quería hacerles daño a muchas personas, sólo quería darles un escarmiento. Por eso, cuando siendo un gigante llegué cerca de la Casa de Ancianos y el Hospital San Vicente de Paúl en el lugar llamado “Tres Tiendas”, dividí mi cause en dos para perdonar a los ancianos y los enfermos, pues ellos no iban a poder huir al escuchar el estruendo.

Pero sí destruí otros muchos edificios y casas, como la capilla de Santa María de El Vergel, la Casa Parroquial de San Roque, y catorce de los dieciséis puentes que comunicaban la ciudad. Yo estaba muy molesto con los humanos. Sin embargo, decidí dejar dos puentes en pie: los puentes del Centenario y Mariano Moreno, para no dejarlos incomunicados.

Mi furia comenzó a apaciguarse cuando vi las caras de las personas que se habían reunido en las balaustradas del final de la calle Tarqui, para mirar con asombro la inundación que mi furia estaba causando. Pude ver en sus ojos el miedo que les inspiraba el poder de la naturaleza. Los seres humanos necesitan recordar que la naturaleza es muy poderosa, y que ellos no pueden abusar de la naturaleza sin que haya consecuencias.

Algunos puentes los destruí por completo, pero otros no. Del puente del Vado, sólo destruí un costado, que después reconstruyeron. Y dejé una parte del puente Todos Santos, que quedó como testigo de mi furia para las siguientes generaciones. Hoy ese puente se llama “Puente Roto” y pueden ir a visitarlo para que tengan

una idea de cuánto puede crecer un río cuando se enoja.

Ahora “Puente Roto” es un puente muy famoso, lo usan para muchas cosas importantes en la ciudad de Cuenca, cuando lo veo digo: “De verdad que cuando lo rompí me quedó muy bonito.”

Nadie en Cuenca esperaba una inundación de esa magnitud. Pero ahora los pobladores tienen conciencia de que la naturaleza es muy poderosa y no se puede abusar de ella.

Con el tiempo, parece que olvidaron la lección que les di ese día. Así que en el cercano pueblo de Paute, estaban abusando de nuevo de la naturaleza. Eso les traería graves consecuencias, pues mi esposa se molestaría mucho con ellos. Ah... si piensan que yo soy bravo, tienen que conocer a mi esposa, esa sí que cuando se molesta... hay que salir corriendo. Vamos a conocerla.

CUARTA PARTE

La esposa de Julián: La Josefina

Mi querida esposa se llama La Josefina. ¡Y tiene un carácter!

Los seres humanos deben aprender que todo lo que le hacen a la naturaleza tiene sus consecuencias. Si buscan la forma de ganar dinero rápido dañando la naturaleza, tendrán que enfrentarse a la furia de las montañas, los ríos y los mares.

Un ejemplo de eso paso con mi esposa, La Josefina. Les contaré:

A veinte kilómetros al oriente de la ciudad de Cuenca, está La Josefina, mi esposa, cerca de la población de Paute. Ella estuvo aguantando por mucho tiempo que los hombres sacaran piedra y arena del río sin ningún control. A ellos sólo les importaba el dinero que ganaban sacando la piedra y la arena para venderla. No se preocupaban por la estabilidad del cerro Tamuga, que se debilitaba cada vez que ellos sacaban piedra y arena.

Si hubiesen sido más inteligentes y menos egoístas, hubiesen tomado precauciones para proteger el cerro Tamuga de un derrumbe; pero los hombres creen que a naturaleza está para servirles, para hacerlos ricos. No les importa tomar y tomar cosas de la naturaleza sin devolverle nada. Creen que la naturaleza es su esclava.

Pues con mi esposa se equivocaron, ella cuando se molesta sí que se molesta. Y no se le pasa la rabia fácilmente.

Eso sucedió en el año 1993. Las nubes trajeron muchas lluvias, así que una parte del debilitado cerro Tamuga se derrumbó, formando un gigantesco dique, o tapón, de cien metros de alto por ochocientos

metros de largo; que no dejaba que el agua corriera. Como consecuencia, el embalse o laguna gigante que se formó creció tanto que inundó cultivos, vías de tránsito, empresas, villas vacacionales y muchas casas y edificios.

Cuando el gigantesco embalse se desbordó, arrasó con todo lo que estaba a su paso. Pero La Josefina seguía muy brava, y por un mes las tierras de Paute estuvieron inundadas.

Lo que sucedió con La Josefina aún es considerado el fenómeno hidrogeológico más grave ocurrido jamás en el Ecuador, fue muy feo lo que ocurrió allí y lo transmitieron por las noticias de televisión en todo el mundo.

Los habitantes de Paute se subieron a los cerros cercanos, y desde allí pudieron ver la furia de La Josefina.

Cuando a mi esposa se le pasó la rabia que tenía, las aguas empezaron a bajar, y las personas empezaron a limpiar las calles y las casas que quedaron en pie, pero llenas de barro.

Los habitantes de Paute aprendieron la lección que les dio mi esposa, por eso, dejaron de abusar de la base del cerro Tamuga y empezaron a sembrar flores para embellecer el terreno.

La Josefina estaba tan contenta con las flores, que hizo que las flores se les dieran aún más bonitas, tanto que los hombres empezaron a venderlas, y ahora exportan flores a otras partes del mundo.

Porque si los humanos usan la naturaleza con sabiduría, pueden conseguir dinero sin dañarla. Ahora ellos venden flores y La Josefina está muy contenta.

Pero hay más cosas que demuestran que los humanos pueden aprender a usar bien la naturaleza, vamos a verlo.

QUINTA PARTE

Aprendieron la lección

El hombre tiene la inteligencia suficiente para usar el poder de la naturaleza a su favor, mientras respeta y cuida de su planeta. Yo me puse muy contento cuando hace ya muchos años usaron mi fuerza para mover un molino de trigo, ¡Qué bueno es sentirse útil!

Pero cuando los humanos abusan de la naturaleza, lamentablemente tienen que sufrir las dolorosas consecuencias. En el caso de los ecuatorianos, ha sucedido algo muy bueno:

Los habitantes del ecuador han sido muy inteligentes y han aprendido las lecciones que la naturaleza les ha enseñado.

Es por esa razón que La Josefina ahora está llena de plantaciones de flores, y en 1999, Cuenca se convirtió en la primera ciudad ecuatoriana en limpiar sus aguas residuales en una gigantesca planta de tratamiento de 45 hectáreas, ubicada a 10 kilómetros de la ciudad.

En esa planta de tratamiento, las aguas sucias son tratadas en seis grandes lagunas de oxigenación donde productos y bacterias especiales limpian el agua, para después, devolver esa agua limpia al río. ¡Qué cosa tan maravillosa!

Por ese esfuerzo, es que yo, el río Tomebamba, sigo siendo un río hermoso, limpio y cristalino que pasa por en medio de la ciudad. Muchas ciudades del mundo tienen ríos, pero están contaminados. ¡Qué triste que las personas de esas ciudades no los haya cuidado!

A mí me encanta que las personas vengan a bañarse en el río, me recuerda cuando, hace ya muchísimos años venían los cañaris a

bañarse en mis aguas. Creo que los ecuatorianos de hoy son dignos descendientes de esos primeros pobladores que tomaban de la naturaleza sólo lo que necesitaban, sin tener que ensuciarla.

Pero les contaré un secreto, los ecuatorianos de hoy hacen otra cosa que también hacían los cañaris: a ellos les gusta contarme sus problemas, en el siguiente cuento les hablaré sobre eso.

SEXTA PARTE

Soy el psicólogo de todos

Los ecuatorianos son personas de buenos sentimientos, yo los conozco muy bien. Y muchas veces, cuando tienen algún problema y quieren contárselo a alguien, me lo cuentan a mí.

Me hace muy feliz que me cuenten sus problemas, ya ustedes saben que me encanta ser útil y ayudar a las personas. Además, soy muy viejo y tengo mucha experiencia, así que puedo darles buenos consejos. ¿Quieres saber cómo hago para aconsejarlos? Te contaré:

Hace un tiempo vino un hombre joven y me dijo que no sabía si irse de viaje o no, en realidad sentía miedo de dejar la seguridad que tenía aquí. ¿Y si todo le salía mal?

Yo he aprendido que las personas que tienen la oportunidad de viajar siempre aprenden cosas nuevas e interesantes. Es verdad que a veces pasan por situaciones difíciles, pero esas situaciones las hacen ser mejores personas. ¿Cómo iba yo a aconsejarle que viajara?

Le pedí a uno de los árboles cercanos que dejara caer la hoja que más se pareciera a un avión, y le pedí al viento que soplara, para llevarle esa hoja hasta las manos del hombre, y así hicimos.

Cuando el hombre vio la hoja volando a su alrededor y caer directamente en sus manos, entendió el mensaje, y se fue muy contento.

Tiempo después volvió y me contó lo bien que le había ido en su viaje. ¡Me sentí muy feliz por él!

En otra ocasión había una pareja que siempre venía a conversar en la orilla del río, tanto hablaban que ya yo los conocía bien a los dos, eran buenos muchachos.

Pero un tiempo después vino ella sola a contarme que su novio le había pedido matrimonio, y que ella no sabía si aceptarlo, ¿Y si todo le salía mal?

Como yo ya lo conocía a él, sabía que valía la pena que ella le diera una oportunidad, pero... ¿Cómo iba yo a aconsejarle que se casara con él?

Les pedí a una pareja de pájaros que se posaran muy cerca de la chica y que se acariciaran cariñosamente. Eran dos pájaros de hermosos colores, como los muchos que hay en el Ecuador. Cuando ella los vio, se enterneció mucho y tomó la decisión.

Unos años después la pareja volvió con un hermoso bebé, creo que lo llamaron Julián Matías.

Los seres humanos son muy inteligentes, ellos no necesitan ensuciar la tierra y sufrir las consecuencias de la contaminación. Muchos seres humanos se están esforzando por ayudar a limpiar la tierra.

Esos esfuerzos van a traer muchos beneficios para las generaciones futuras, porque los que son niños ahora, están aprendiendo a cuidar el planeta, y cuando sean adultos, van a tomar buenas decisiones para tener una tierra hermosa, tan linda como Cuenca, mi pequeña gran ciudad.

COLOFÓN

*Julián Matadero fue escrito en 2018 por Carlos Donoso, en Cuenca,
Ecuador.*

*Es el primer cuento del autor y origen íntimo del universo Hierro y
Vacío.*

Disponible en carlos-donoso.com.